

La misma condenación fué pronunciada también por un concilio de Antioquia en 375, y por el de Constantinopla (381).

Desde 376 Apolinario declaró que no comunicaría con quien sostuviese que el Cristo tomó alma humana. Sus partidarios se llamaban también *synusiastas* y *domiritas*. El número de ellos se acrecentó rápidamente, y muchos comenzaban ya á dudar de la encarnación del Verbo. Los escritos del heresiarca eran leídos con avidez, y los cánticos que había compuesto reemplazaban frecuentemente á los himnos religiosos. Consagró Obispo de Antioquia á Vital, y aumentó así la confusión religiosa. Los Obispos instituidos por él en diferentes ocasiones, entre otros Timoteo de Berito, fueron todos depuestos por el papa Dámaso.

En 388 Teodosio II prohibió á los apolinaristas nombrar obispos y eclesiásticos, residir en las ciudades y celebrar asambleas. Apolinario murió en 392 en edad avanzada y sobrevivió á la ruina casi completa de su secta, muy numerosa al principio en Siria y en el Asia Menor. En 426, los que subsistían aún en Antioquia pidieron al obispo Teodoro que los reconciliara con la Iglesia. Dicese que algunos perseveraron secretamente en su error y reclutaron cierto número de adeptos; después se fundieron en el gran partido de los monofisitas, que no admitía en Jesucristo sino la naturaleza divina, á la cual se habría reunido el cuerpo humano para componer un todo único.

Doctrina de los Padres de la Iglesia contra el apolinarismo.

83. A esta doctrina oponían los Padres de la Iglesia las razones siguientes: 1.ª El Cristo ha tomado lo que quería rescatar; ahora bien: como quería rescatar no solamente el cuerpo del hombre, sino también su alma, tomó también alma humana. 2.ª Sin la adopción del alma humana no sería posible la redención. 3.ª El Cristo sufrió congoja y turbación y oró; ahora bien: esto no hubiese sido posible si hubiese carecido del espíritu ó alma racional del hombre. 4.ª Un Cristo sin alma no hubiese sido verdaderamente hombre; no habría habido, pues, Encarnación, ni Dios-Hombre. 5.ª Si el Cristo no fuera hombre perfecto con alma racional, no habría sido de nuestra especie, ni podido servir de modelo en la conducta de la vida. 6.ª Diciendo que la impecabilidad de Cristo es incompatible con el espíritu humano, se hace del pecado una condición necesaria de la naturaleza humana, se cae en el maniqueísmo. 7.ª La Escritura enseña expresamente que el Cristo ha tomado todo lo que es del hombre, fuera del pecado; debemos eliminar de él únicamente el pecado, y no las facultades intelectuales del hombre, porque

la Escritura se las atribuye cuando dice que fué obediente hasta la muerte y que intercede por nosotros.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 81-83.

Apollin., *interpret. Psalmor. vers. heroicis*, Paris., 1580; *Heidelb.*, 1654; *Fragm. Apollin.*, Gallandi, *Bibl. Patr.*, XII, 706 y sig.; *Mañ. Nov. coll.*, VII, 1, p. 16, 203; *Athán.*, *De incarn. adv. Ap.*, lib. II (Migne, t. XXVI, p. 1093 y sig.); *Tom. ad Antioch.*, cap. VII, VIII; *Naz.*, Or. xxii, n. 13 y sig. (Migne, t. XXXV, p. 1145 y sig.); *Ep. cccii* (al. Or. xlvii, *ibid.*, t. XXXVII, p. 529 y sig.); *Ep. ci*, ad Cleodón. (*ibid.*, p. 762 y sig.); *Nyss.*, *Antirrhét. contra Apoll.* (*ibid.*, t. XLV, p. 1123 y sig.; *Socr.*, II, 46; III, 16; *Soz.*, V, 18; VI, 25; *Epiph.*, *Haer.*, LXXVII; *Theod.*, *Haer.*, fab., IV, 8 y sig.; *Hist. eccl.*, V, 3 y sig.; *Rufin.*, XI, 20; *De adulter. libr. Orig.* (*Hier.*, Op., V, 253; *ed. Mart.*); *Basil.*, *Ep.* LXXIV, cccxiii; *Leontius c. fraud. Apoll.* (*Mig. t. LXXXVI*, p. 1947 y sig.); *Cod. Theod.*, XVI, v. 14, a. 388; *Tillemont, Mémoires*, t. VII, p. 602-607, nota sobre los apolinaristas, p. 689 y sig.; *Walch, Ketzehistorie*, III, 119-229; *Salig, De eutychanismo ante Eutich.*, *Wolfenbütt.*, 1723, p. 101 y sig.; *Jac. Basnage, Diss. de hist. haer. Apoll.*, *Ultraject.*, 1687 in 8º; *J. Vogt, Bibl. haeresol.*, I, fasc. 1, p. 1 y sig.; *Néander, K.-G.*, I, 656 y sig.; *Mehler, Athan.*, II, 372; *Héféle*, I, 705, 715, 717 y sig.; II, 9 y sig., 37, 172 y sig. En San Epifanio, los apolinaristas se llaman *ἀπολιναῖται* y además *συνομοιωταί* (á causa de la *συνομοίωσις καὶ κρήσις τῆς θεότητος καὶ τοῦ σώματος*). San Agustín distingue tres tendencias: *a*, Jesucristo no tenía alma humana; *b*, tenía *ψυχὴ ζωική*, y no *λογική*; *c*, su cuerpo era una parte de la divinidad.

§ 4. Pequeñas sectas del período arriano.

Indiferentistas, mesalianos, audianos, apostólicos y eustacianos.

84. El arrianismo, con sus ideas inconstantes y superficiales, socavaba por su base, y minaba ocultamente la vida cristiana y la constitución eclesiástica. Suscitó otros muchos errores que concordaban mal con su principio fundamental, á pesar de tener un profundo sello de racionalismo. Muchos, fatigados de la controversia, llegaron á imaginar que lo importante sobre todo era, no la doctrina religiosa, sino la vida moral, el lado práctico del cristianismo; que cada cual honraba á Dios como podía, que era preciso mantener la comunión con todos los que invocaban á Jesús como nacido de la Virgen María.

Un tal Rhetorio sostenía que todos los herejes tienen razón á su manera; otros, que todas las verdades de la fe son cosa indiferente (indiferentistas); otros (mesalianos, etiquetas, enfemitas), que la remisión de los pecados y la salvación son independientes de todo culto exterior, y

se obtienen por la oracion continua; que por medio de ésta el espíritu divino se apodera del alma, la aparta de todas las cosas exteriores, y la hace impassible é impecable.

Estos sectarios formaban en Siria, Fenicia, Palestina y Mesopotamia asambleas de pietistas, compuestas acaso de monjes vagabundos y mendicantes. Adelfo de Mesopotamia era su jefe. Segun la doctrina de estos falsos espiritualistas, el hombre está desde su nacimiento bajo el imperio de un demonio, que le dejaron en herencia sus primeros padres; la oracion continua es lo único que puede arrojarlo, pero no el Bautismo ni los demás Sacramentos. Por medio de la oracion el alma se une al esposo celestial tan estrechamente como está el hombre unido á la mujer en el matrimonio; se adhiere de tal modo á Dios que ningun pecado puede separarle ya de él, aun en los casos en que peca exteriormente al parecer; el ascetismo exterior es inútil; el trabajo manual degradada al alma humana. Miraban al fuego como el principio creador del universo, y se representaban á Dios bajo forma corporal. Ocultaban su doctrina con mucho cuidado. En 381, Flaviano, obispo de Antioquia, tuvo la destreza de arrancar á Adelfo nuevos detalles sobre la doctrina de la secta, la cual, á pesar de las persecuciones que sufrió, duró hasta el siglo vi.

Análoga á los mesalianos es la secta de los audianos en Mesopotamia; practicaban un falso ascetismo, y hacian la guerra á los obispos y sacerdotes mundanos. Udo ó Audio de Mesopotamia fué excluido de la Iglesia á causa del implacable rigor con que atacaba á los pecadores, y formó con muchos monjes un partido cismático, en el cual entraron tambien Obispos y sacerdotes. Esta secta no queria mantener relacion alguna con los católicos, ni siquiera en la oracion. Concebía á Dios bajo una forma corporal y humana, fundándose en el *Genesis* 1, 26; celebraba la fiesta de Pascua á la manera de los judíos, y en el mismo tiempo que éstos, segun hacian los cuartodecimanos; acusaba al concilio de Nicea de haber cambiado el tiempo de esta fiesta sin motivo razonable y únicamente por consideracion al Emperador. Los audianos tenian costumbre de perdonar á los pecadores las penitencias canónicas, y se contentaban despues de la confesion con hacerles pasar entre sus libros sagrados puestos en dos filas. Udo, consagrado Obispo, fué desterrado, ya anciano, á Scythia, donde formó nuevos adictos entre los godos. Despues de él (372), Uranio fué el principal Obispo de la secta en Mesopotamia. Otro Obispo de ellos, Silvano, fué desterrado junto con muchos cristianos por Atanarico, rey de los godos.

Debemos mencionar tambien á los apostólicos del Asia Menor, los cuales, siguiendo el ejemplo de los eucratitas, rechazaban el matrimo-

nio y la propiedad y usaban escrituras apócrifas, atribuidas á los apóstoles Andrés y Tomás. Los eustacianos tomaron el nombre del obispo Eustacio de Sebaste, en la Armenia romana, donde éste propagó el monacato. Rechazaban el matrimonio, uníanse los oficios celebrados por sacerdotes casados, ayunaban el domingo y reprobaban los ayunos eclesiásticos, se abstenián de la carne, obligaban á las mujeres á salir en público en traje de hombre, y exigían que los que poseían riquezas entre ellos practicasen una especie de comunidad de bienes. Atribuían á sus conventiculos la santidad, la cual faltaba, segun ellos, á las asambleas de la Iglesia. El concilio de Gangres (entre 360 y 380) fulminó contra ellos veinte cánones.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 84.

Rhetorius, Athan., lib. I contra Apoll., cap. vi, p. 739; Philastr., De haer., cap. xci: «Alii sunt in Egypto et Alexandria a Rhetorio quodam, qui omnes laudabat haereses, dicens omnes bene sentire.» San Agustin (De haer., cap. LXXII) halla increíble que un hombre pudiese enseñar cosas tan absurdas. Véase otros detalles en el Praedestinatus, cap. LXXII. Theodoro, Comm. in Phil., I, 18 (Migne, t. LXXXII, p. 564), dice que algunos tenían la locura de aplicar estas palabras á los herejes. Juan Damasceno, Haer., cap. LXXXVIII, describe así los gnómicos. El nombre de mesalianos procedería del caldeo מֶסְלִיָּא דְּדָנִיֵּל, Daniel, vi, 11; en griego, ἐλύτται; sus iglesias se llamaban προσευχά. Theod., iv, 10; Haer. fab., IV, 11; Phot., cod. 52; Epiph., Haer., LXXX; Cyrill. AL, Ep. LXXXII ad Amphil. (Migne, t. LXXVII, p. 376.)

Se llamaban tambien θεοσεβῆτες, coreutas, entusiastas, marcianistas, lampecianos, adelfianos; Timoth., De recip. haeret. (Migne, t. LXXXVI, p. 45-48.) Un partidario de la secta, Lampecio, se alzó contra el canto de la Iglesia y escribió un libro, el Testamento, que más tarde intentó refutar el monofisita Severo. Wolf, Anecd. gr., III, p. 682. Un escrito de la secta, el Asceticon, fué anatematizado en 431 en Efezo, donde se habló tambien de los mesalianos de Panfilia y Liconia. Mansi, IV, 1477; Hefelé, II, 196. Sobre Udo, véase Ephrem. Syr., Serm., xxiv adv. haer., t. II, p. 493, ed. Quirin.; Theod., Hist. eccl., IV, 10; Haer. fab. IV, 9; Soer., V, 23; Epiph., Haer., LXX; Hefelé, I, 321 y sig. Sobre los apóstólicos (llamados tambien προκεκτοί) véase Epiph., Haer., LXL. Sobre los eustacianos, Soer., II, 43; Soz., III, 14; Basíl., Ep. cxix, ccxxiii, ccxxiv; Epiph., Haer., LXXV, 2 y sig.; Hefelé, I, 751 y sig.

Aerio, Joviniano, Vigilancio.

85. Mientras que Eustacio era personalmente hostil al arrianismo, su antiguo compañero, el sacerdote Aerio de Sebaste, se hacia arriano y rompía completamente con su Obispo, cuyo gobierno y ascetismo no eran muy de su gusto. Él y sus secuaces, generalmente detestados, celebraban casi siempre sus Asambleas en las selvas y montañas. Defen-

dian la igualdad perfecta de los sacerdotes y Obispos, censuraban la celebración de la Pascua como una superstición judaica, y rechazaban los ayunos prescritos por la Iglesia, así como las oraciones y buenas obras en favor de los difuntos, so pretexto de que eran inútiles para ellos.

En Occidente, pero sin relación con Aerio, Joviniano, monje de Roma, se declaró adversario del ayuno y de las buenas obras, del celibato y de la vida monacal. En vez de combatir los abusos que podía haber en las Ordenes monásticas, las cuales contaban en su seno á los miembros más notables de la Iglesia, trataba de suprimir la institución misma, y llegó hasta el extremo de sostener que la virginidad en nada es superior al matrimonio, que la abstinencia y el ayuno carecen de valor, que no puede perderse la gracia recibida en el bautismo, y que todas las recompensas de la vida futura son iguales entre sí, como lo son la vocación y la dignidad de los cristianos. Hacía consistir la santidad simplemente en conservar la gracia después de recibida, y no en hacerla fructificar con las buenas obras y en acrecentarla con la cooperación. En todas estas cosas los verdaderos cristianos le parecían iguales. Concedía á la Iglesia principalmente como invisible, suprimía la diferencia entre el pecado mortal y el venial, creía que las buenas obras brotan de la fe con una especie de necesidad, y recomendaba el matrimonio á todos, hasta á los eclesiásticos.

El papa Siricio condenó á Joviniano en un Concilio celebrado en Roma (390); San Ambrosio de Milán hizo lo mismo, y ordenó expulsarlo á él y á sus secuaces. En 392 San Jerónimo escribió contra él una obra en dos libros, y hacia el 400 San Agustín compuso su tratado *De bono conjugali* para demostrar que, aunque el matrimonio es cosa santa, la virginidad es preferible á él.

En 396 aparecieron en Italia los monjes Sarmacion y Barbaciono, imbuidos en las doctrinas de Joviniano. Habían abandonado su convento y agitado á la comunidad de Verceci, que á la sazón acababa de perder á su Obispo; pero San Ambrosio advirtió á los fieles, y los esfuerzos de los dos herejes fueron inútiles.

Encontramos los mismos errores y mayor violencia todavía en Vigilancio de Casera, ciudad de la Galia. Ordenado de sacerdote en Barcelona, después de haber vivido en Palestina (396), Vigilancio atacó (400) el celibato, el ayuno, el culto de los Santos y de las reliquias, las vigiliat nocturnas, las solemnidades que se celebraban sobre las sepulturas, el uso de encender cirios durante los divinos oficios y de enviar limosnas á Jerusalem, y en fin, las Ordenes religiosas. Decía que la invocación de los Santos era ineficaz; que los que les honraban eran ministros de la ceniza, idólatras. Ripario y Desiderio enviaron su é-

critó á San Jerónimo para que lo refutase. El santo doctor cumplió esta tarea en 406, empleando una forma sarcástica que dió mucho éxito á su trabajo.

ADICION.

San Jerónimo hace notar al principio que Vigilancio es el primer herejarca que ha producido la Galia. « Muchos monstruos, dice, se han visto en las diversas partes del universo... La Galia era la única que no los había engendrado aún. Por el contrario, ella ha sido siempre fecunda en valerosos capitanes y elocuentes oradores. Pero Vigilancio, ó más bien Dormitancio, se ha levantado de repente... Este tabernero de Calahorra mezcla el agua con el vino, y por un artificio de su primera profesion trata de alterar la pureza de la fe católica con el veneno de su herejía. Combate la virginidad, aborrece el pudor; en los banquetes que celebra con los mundanos declama contra los ayunos de los Santos, y filosofando entre las botellas y los manjares, gusta de escuchar el canto de los salmos.

« ¡Oh impiedad, continúa San Jerónimo. Dicese que hay Obispos ineficaces de sus errores, si es que puede llamarse Obispos á los que no ordenan diáconos como no los vean casados de antemano, y no creen que se pueda guardar la continencia en el celibato. Harto dan á conocer con esto cuán castamente viven ellos mismos, puesto que sospechan el pecado en todos los demás y no administran los Sacramentos de Jesucristo si no han visto ántes á las mujeres de los clérigos en cinta ú oído llorar á los niños entre los brazos de sus madres. ¿Qué harán, pues, las iglesias de Oriente? ¿Qué harán las de Egipto y de la Silla Apostólica que no reciben en su seno sino clérigos vírgenes ó continentales? »

San Jerónimo justifica contra Vigilancio la invocación de los Santos, que combatía este innovador, apoyándose en la autoridad apócrifa y mal interpretada del libro IV de Esdras. « Si los apóstoles y los mártires, dice el santo doctor, no dejan de interceder por los demás cuando están sobre la tierra y todavía tienen que temer por sí mismos, ¿cuánto más no lo harán después de sus victorias y sus triunfos? San Pablo nos asegura que obtuvo con sus oraciones la vida de 270 personas que estaban con él en la nave, y después de su muerte, cuando está unido á Jesucristo, ¿cerrará la boca y no se atreverá á decir una palabra en favor de los que han creído su evangelio en todo el universo? Vigilancio, que es un perro vivo, ¿valdrá más que aquel león muerto? »

Vigilancio calificaba de idolatría el culto que se tributa á las santas reliquias: « Por qué, decía, besais, por qué adorais un poco de polvo envuelto en un lienzo? » ¡Oh insensatos! exclama San Jerónimo, ¿quién adoró nunca á los mártires? San Jerónimo justifica el culto de las santas reliquias con el ejemplo de todos los fieles y Obispos del mundo cristiano, y especialmente de los Soberanos Pontífices, que celebran los santos misterios sobre el sepulcro de los Apóstoles, y dice que Vigilancio renueva en este punto la herejía de Eumonio y la de los caínitas ².

En cuanto al uso de encender los cirios en pleno día, tachado de superstición

1 Para comprender lo que dice aquí San Jerónimo, es preciso saber que Vigilancio pretendía que los hombres vivos pueden interceder con Dios los unos por los otros; pero que después de su muerte, por más santos que fuesen, carecían de poder para ello.

2 Los caínitas eran una secta de gnósticos que veneraban á Cain y Judas; tenían un Evangelio atribuido á este último, y se entregaban á las más infames torpezas.

por Vigilancia, el santo doctor reconoce que está práctica no estaba aún muy generalizada en Occidente, pero la vindica sin dificultad de los ataques de este innovador: «Si algunos seglares ó mujeres devotas, le dice, por simplicidad ó ignorancia encienden cirios en pleno día para honrar á los mártires, ¿qué hay de malo en ello?.. Los que así obran, reciben su recompensa segun la fe que les mueve. Esto se hacia en honor de los ídolos, y por lo mismo era práctica detestable; pero esto se hace en honor de los mártires, y es una razon para admitir su uso... En todas las iglesias de Oriente, sin hablar de lo que se ha hecho con las reliquias de los mártires, se encienden cirios en pleno día cuando se lee el Evangelio, lo cual no es para disipar las tinichlas de la noche, sino como signo de alegría.»

Con respecto á las vigilias en las iglesias de los mártires, San Jerónimo responde que los desórdenes que algunos libertinos pueden cometer allí por accidente no deben impedir una obra santa, ni ser imputados á tantas personas piadosas. Defiende la verdad de los milagros que se obran todos los días por virtud de las santas reliquias, y despues de haber pintado los desórdenes y la impudencia de Vigilancia, exclama: «Véase aquí cuáles son los enemigos de la Iglesia; los jefes que combaten contra la sangre de los mártires, los oradores que truenan contra los apóstoles, ó más bien véanse aquí los perros furiosos que ladran contra los discípulos de Cristo. En cuanto á mí, continúa, confieso mi delicadeza de conciencia, acaso excesiva: cuando me he dejado arrebatar de la cólera ó he tenido algun mal pensamiento, no me atrevo á entrar en las basílicas de los mártires; tal es el temor que se apodera de mis sentidos y de mi alma. Tú te mofarás, Vigilancia, como de un escrúpulo de monja... pero me parece que tú abrigas temores harto diferentes. Temes, si no me engaño, que haya poca venta en tu taberna el día en que reinen en la Galia la continencia, la sobriedad y el ayuno.»

En fin, San Jerónimo justifica la piedad de los fieles que enviaban limosnas á Jerusalem, y haciendo la apologia de la vida monástica, describe así sus obligaciones: «El deber de un monje, dice, no está en enseñar, sino en llorar, en gemir por sus pecados y por los del mundo, y esperar con temor la venida del Señor. Como conoce su flaqueza y la fragilidad del vaso que lo contiene, teme que choque y se rompa. Por esto huye de ver á las mujeres, especialmente si son jóvenes. Pero tú me dirás: ¿por qué retirarlos al desierto? Es por no verte ni oírte; es por temor de que la presencia de algun objeto seductor no sea ocasion de mi caída. Huyo por temor de ser vencido. Nadie puede descansar seguro cerca de la serpiente; posible es que no muerta, pero tambien lo es que muera.»

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 85.

Aerio, Epiph., Haer., LXXV, 1 y sig.; Philastr., Haer. LXXXI; Aug., De haer., cap. LXXXII; Jovinian., Siric., Ep. VII adv. Jovin.; Const., p. 663 y sig.; Hefélé, II, 47; Aug., Haer., cap. LXXXIII; Retract., II, 22; De bono conjug.; Ambros., Ep. LXII, LXIII (al. 82); Hier., Libri II adv. Jov., Op. II, 237-384, ed. Vallars.; Natal. Alex., saec. IV, diss. XLVIII, t. VIII, p. 578 y sig.; Lindner, De Jovin. et Vigil., Lips., 1439. — Neander, I, 559 y sig., ve en Joviniano, el «protestante» de su época, un «precursor de la Reforma». Hier., Ep. LXI ad Vigil., Ep. CIX ad Rip., Lib. adv. Vigil., Op. II, p. 387 y sig., ed. Vall.; Schmidt, Vigilant. u. s. Verhaeltnis zu Hier. u. zur K.-Lehre, Munster, 1860.

Herejías referentes á la Santísima Virgen.

86. El honor de Jesucristo tiene grandes afinidades con la glorificación de su Madre, la Santísima Virgen. Abatir al Salvador es despojar á María de sus prerrogativas; negar la verdadera humanidad de Cristo, es por consecuencia forzosa arrebatar á la Madre de Dios la posición eminente que ocupa. Los antiodomarianitas de Arabia, que habian salido del círculo de los apolinaristas, combatian la virginidad perpétua de María, y sostenían que despues del nacimiento de Jesús habia tenido otros hijos de su matrimonio con José. San Epifanio los refutó. Estos herejes son lo opuesto de las colyridianas, que infestaban igualmente el Africa. Estas mujeres, que procedian de Tracia, celebraban en honor de María, á quien rendían culto divino, asambleas particulares y se hacían pasar por sacerdotisas. En cierto día de fiesta hacían conducir sobre un carro, como los paganos en algunas de sus procesiones religiosas, tortas consagradas á María (*colyrides*, *colyria*), de donde les vino el nombre; se las ofrecían en sacrificio y despues las comían. Este culto, conforme en un todo á las supersticiones paganas, recordaba las tesmoforias en honor de Ceres. Condenado por la Iglesia, que quiere se veneré á la Madre de Dios, pero no que se le tribute adoración, la secta desapareció sin dejar vestigios.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 86.

Epiph., Haer., LXXVII, n. 25 y sig.; Haer., LXXVIII, n. 1 y sig., 23; Haer., LXXIX, n. 1 y sig.; Wernsdorff, Diss. de collyr. secta, Vitemb., 1745; Münster, Com. de collyr. (Miscell. Hafnens., II, fasc. I.)

La Virginidad y el Matrimonio.

87. Otros herejes que no admitían la preeminencia de la virginidad sobre el matrimonio y atacaban diversas instituciones eclesiásticas, participaban tambien del error que negaba la perpétua virginidad de María. De este número eran: a) Helvidio, seglar de Roma, medianamente instruido y discípulo, segun algunos, del arriano Augencio, á quien San Jerónimo combatió en 383, especialmente por causa de la afirmación de que María habia tenido otros hijos despues del nacimiento de Jesús; b) Bonoso, obispo de Sárdica (390), al cual acusan algunos de haber caído en la herejía de Fotino. Lo combatió el papa Siricio y San Ambrosio. Sus partidarios (*bonosiani* ó *bonosiaci*), fueron más tarde dispensados por Inocencio I, relativamente á las órdenes que